

EL TRABAJO CULTURAL

LUCIANO BIANCIARDI

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

A Ettore

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *Il lavoro culturale*



© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1957
© de la traducción, Miguel Ros González, 2017

© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.

28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-44-8

DEPÓSITO LEGAL: M-12793-2017

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE CUBIERTA: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: John Chillingworth / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

El problema del origen siempre ha seducido y extenuado la mente de sabios, sapientes e intelectuales: el origen del hombre, de las especies, de la sociedad; el origen del mal y la desigualdad. Se calculan los años de una ciudad o una religión desde el origen, y decir «original» significa reconocer un mérito. Vamos, que a la gente —vaya usted a saber por qué— parece importarle más el pasado, el pasado remoto, ya incapaz de hacer daño a nadie, que el futuro, el futuro próximo, siempre amenazante e inminente, como sabemos de sobra.

Así pues, no es de extrañar que también en nuestra ciudad, ciudad pequeña, sí, pero civilizada y adelantada, hubiera sabios, doctos e intelectuales que buscaban con gran diligencia su origen. En ese tema no se ponían de acuerdo entre sí; antes bien, se mostraban hartos polémicos y se dividían, a grandes rasgos, en tres facciones.

La primera estaba formada por los eruditos, que parecían haber resuelto la cuestión. Los eruditos eran, en su mayoría, sacerdotes, jubilados de Ferrocarriles y profesores foráneos, que llevaban ya muchos años asentados en la ciudad enseñando latín a los chiquillos, con gran tristeza y desazón, claro, pero por lo pronto aprovechaban la biblioteca local y los archivos estatales, adonde iban cada tarde a hurgar entre códices, manuscritos y legajos.

Para ellos lo importante eran los documentos. Y punto. Se ocupaban sobre todo de topografía medieval, y escribían sesudos estudios, repletos de notas y citas, sobre la frontera de Montiano y Scerpenna entre los años 1317 y 1319; o sobre una aparcería en el municipio de Montepescali; o sobre el alzamiento del antiguo torreón, vieja construcción de piedra y ladrillo, ya agrietado y ennegrecido, pero intocable tras ser declarado monumento nacional por Patrimonio Cultural.

El torreón apoyaba sus muros ciclópeos —dos metros y medio de espesor en la base— en los bastiones de Portavecchia, y dominaba el lado norte de la plaza del mercado, siempre a rebosar con los gritos de pescaderos y verduleros. La parte alta estaba habitada, y abajo había enormes salas, de techos altísimos y abovedados, donde se almacenaba la sal y el tabaco. Aquélla había sido siempre la función del torreón,

incluso en el pasado remoto. De hecho, Cecco Angiolieri, en un soneto, se refería a la enorme cantidad de sal de la que se jactaba, ya en aquellos tiempos, nuestra ciudad.

Los ensayos de los eruditos sobre la construcción del viejo torreón siempre concluían citando al burlesco poeta sienés. Sus textos solían aparecer en el boletín de la Sociedad Histórica, que se publicaba tres veces al año, y donde a veces colaboraban insignes historiadores: incluso Volpe, en una ocasión, publicó una notilla (así la llamaba él en la introducción, aunque era pura modestia, pues se trataba en realidad de un jugoso estudio sobre los estatutos de cuatro municipios de una montaña cercana) en la que citaba hasta en seis ocasiones el ensayo de Tamberi sobre topografía medieval.

A Tamberi también lo citaban otros estudiosos de talla nacional, y por eso se le consideraba el más serio y reputado de los historiadores eruditos de nuestra ciudad, por más que, en privado, él insistiese en definirse como un estudioso anónimo. Tenía entre manos un trabajo titánico; una historia del Estado de los Presidios de Toscana: calculaba que iba a necesitar treinta años de investigaciones, y llevaba al menos quince explorando sistemáticamente bibliotecas y archivos en Roma, Nápoles y Milán. Luego empezó a viajar, a España y Flandes, a más bibliotecas y

archivos. Había copiado de su puño y letra treinta mil documentos distintos para llevárselos a casa, donde poco a poco fue llenando dos enormes armarios. Quién sabe dónde metería los demás documentos, habida cuenta de que le quedaban otros tres lustros de viajes, explorando, copiando.

En cuanto al origen, para ellos, como ya se ha dicho, el problema estaba solucionado: en el año 1138, un edicto del papa Inocencio II concedía a nuestra ciudad la categoría de diócesis y nombraba como primer obispo a un tal Bandinelli. Por lo tanto, se podía considerar que el año 1138 marcaba el inicio de la vida de la ciudad, aunque antes ya hubiese asentamientos anónimos, sobre los que era de todo punto inútil investigar.

A la facción de los medievalistas se oponían, como es natural, los arqueólogos, para quienes el origen de nuestra ciudad era, de largo, mucho más remoto. Nuestros arqueólogos habían alcanzado la contemplación del pasado antiquísimo a través de las experiencias más dispares: algunos habían escrito, en su juventud, poesías de marcado carácter carducciano, otros habían sido anarquistas y partidarios del amor libre; luego, al casarse y formar una familia, abandonaron esas creaciones al margen de la ley, renegaron de esas teorías, tildándolas de locura de los años de inmadurez, y se pusieron, con mucha más seriedad, a estudiar a Dennis

y Ducati, y a preguntarse cuáles habían sido los primeros asentamientos humanos en nuestra tierra.

En su fantástico recorrido hacia atrás en el tiempo, los más cautos no superaban la sangrienta batalla de Camporegio (225 a. C.), cuando las legiones romanas se enfrentaron a los galos; luego, interpretando con la sagacidad que les caracterizaba cierto pasaje de Polibio, trasladaban a nuestra costa una importante ciudad antigua que según la tradición estaba cien kilómetros tierra adentro, casi en las faldas de los Apeninos centrales. Sin embargo, la corriente más numerosa y aguerrida de nuestros arqueólogos se remontaba, sin lugar a dudas, al origen etrusco.

Los etruscos, como todos saben, son un pueblo misterioso, acaso llegado de las costas de Asia Menor, o quizá, por vía terrestre, del continente europeo; aunque también puede que fuesen autóctonos, nativos. En cualquier caso, eran civilizados y poderosos antes de que surgiese Roma, hasta el punto de que durante siglos pusieron las cosas muy difíciles a la capital y, de hecho, la dominaron por mucho tiempo. En efecto, cuenta la tradición que a dos reyes de Roma les pusieron Tarquinio, latinización de un nombre etrusco. Alusión explícita, en fin, a un gobierno etrusco sobre la Ciudad Eterna.

Por si fuera poco, Guidotti, uno de los arqueólogos, pero también profesor de recitación, esgrimidor

y poeta, había escrito un bonito soneto sobre su pueblo natal, Scarlino, haciendo referencia, precisamente, a las derrotas de los quirites. El soneto empezaba así:

*Aquí, en la llanura de Scarlino,
Donde se venció al latino,
Donde el arma de Porsena
Le hizo a Roma una faena...*

Nuestros arqueólogos, excepción hecha de Guidotti, eran casi siempre maestros de primaria, jóvenes profesores de secundaria, abogados y autodidactas. Uno, además de arqueólogo, era rabadomante, y decían que había descubierto, en las colinas, un filón desconocido de plata, riquísimo. Las empresas mineras milanesas, dueñas de toda la zona, no le habían querido hacer caso, y él estaba mordiéndose las manos. Si tuviese los medios, decía...

Otro era ingeniero hidráulico, y había proyectado un canal navegable que, empezando en un golfo rocoso y profundo de nuestra costa, recorrería ciento sesenta kilómetros por el interior, llegaría al Tíber y con él a Roma. Claro, también se podía hacer el puerto de Roma en la desembocadura del Tíber, pero la desembocadura del Tíber —y eso lo sabe todo el mundo—, con las corrientes y los vientos en contra,

se llena de arena en menos que canta un gallo, mientras que nuestro golfo era profundo, estaba resguardado y no se obstruiría en ningún caso. El golfo presentaba varios problemas de calado: el principal era el de encontrar las aguas para llenarlo, pero el ingeniero había proyectado dos presas, cerca del nacimiento del Fiora y del Ombrone, para acumular agua en los meses de sequía. Era una obra colosal, de la que había calculado hasta el más mínimo detalle, desde la cantidad de cal y gravilla necesaria hasta los metros cúbicos de tierra y roca que había que extraer, pasando por el modelo y el arqueo de las embarcaciones que podrían navegar por él.

El proyecto se había impreso, con todos sus mapas, gráficos y proyecciones correspondientes, y había recibido el solemne elogio de la Academia de los Linceos. Nunca se llevó a cabo, sostenía el autor, porque Italia es un país pequeño, incapaz de asumir empresas de tamaño dimensión. Pero si los de Roma, en vez de empantanarse con sus disputas y sus ociosas demoras burocráticas, le hubieran hecho caso, hoy Italia podría jactarse de tener el canal navegable más largo del mundo.

Así, presa de la amargura abrasadora de la desilusión, nuestro ingeniero hidráulico se había centrado en la arqueología y el estudio del origen antiquísimo e ilustre de nuestra ciudad. No había hallazgo

fortuito en el que no acudiese a toda prisa a negociar con el campesino que, desfondando la tierra de su finca para plantar la viña, había desenterrado un fragmento de estatua, un ánfora rota, un trozo de búcaro grabado, una moneda. A los pocos días ya podía leerse, firmado por nuestro ingeniero hidráulico, un artículo en el periódico republicano (que ésa fue siempre su condición, incluso en tiempos del fascismo), ilustrando el importante «descubrimiento de un fragmento de enócoe de pico trilobulado y un asa de búcaro grabado».

El grabado era, además, una triple señal misteriosa que, interpretada oportunamente, contribuía a demostrar el origen antiquísimo e ilustre de nuestra ciudad: había surgido en el corazón de la civilización de los etruscos, que se asentaron aquí, atraídos por la salubridad del aire, la riqueza de los bosques —excelente suministro de materia prima para sus grandes arsenales navales— y la fecundidad de los campos.

Sí, es verdad que se ignora el origen de los etruscos: algunos dicen que llegaron por vía marítima desde las costas de Asia Menor; otros que bajaron por vía terrestre desde el continente europeo. En los últimos años, también los hay que sostienen que existe afinidad entre los etruscos y los pieles rojas norteamericanos: algunos rituales y representaciones

religiosas que creíamos típicos de los etruscos se han hallado entre los iroqueses de Nueva Inglaterra, los sioux e incluso los mescaleros. Algunos estudiosos, en fin, defienden el carácter nativo de los etruscos.

Eso era precisamente lo que pensaba nuestro ingeniero, que iba por ahí afirmando que ya en la prehistoria había asentamientos civilizados, aquí, justo en nuestra tierra, doce o incluso trece siglos antes de Cristo. Para corroborar su tesis se remitía a las murallas ciclópeas que aún se veían a orillas del río, a dos kilómetros de nuestra ciudad: obra de gigantes, es decir, de una raza civilizadísima y hartamente avanzada que, infelizmente, aún era misteriosa y desconocida.

Y luego estábamos nosotros, los jóvenes, la generación quemada: resueltos a romper con las tradiciones y reconstruirlo todo de cero. Huelga decir que nos enfrentábamos a todos los demás, a los medievalistas eruditos y a los arqueólogos. ¿Qué querían unos y otros? ¿Qué eran esas nimiedades estériles y torpes de los primeros, qué significaba el furor anticuario de los segundos? Ya era hora de acabar con ese diletantismo, con esa erudición baldía, con esa mitología del origen antiquísimo. La cultura italiana, decíamos nosotros, ya estaba bastante ensombrecida y desprestigiada por esa actitud reaccionaria y provinciana, por el campanario, por el municipalismo idiota.